

ALBERT CAMUS: REBELIÓN Y LIBERTAD

*Juan Ignacio Blanco Ilari**

Yo no creo que todos los hombres tengan la misma estatura humana. Somos todos igualmente hombres, pero no hombres iguales. Y algunos tienen la virtud, por decirlo de alguna manera, de mostrar un corazón de hombre en toda su dimensión.

Cuando leí por primera vez *El Mito de Sísifo* advertí, en una época en que en la facultad éramos la mayoría existencialistas con fuertes tendencias nietzscheanas, que alguien prendía una luz en medio de una oscuridad que nosotros culposamente habíamos adoptado.

Desde aquel instante no dejé de volver a las obras de Camus una y otra vez porque siento, sencillamente, que allí hay verdad. Esa verdad, abrazada en toda su magnitud, me ha punzado fuertemente; y quiero que siga así porque es el testimonio más evidente de que la verdadera vida está llamada a tomar conciencia una y otra vez de su misma realidad. El olvido de esta condición humana es la regla, la atención hacia ella es obra del genio, y, debo confesarlo, Camus ha sido uno de nuestros últimos genios.

Por supuesto que la obra es de una magnitud acotada (no olvidemos que nuestro autor encontró repentinamente la muerte el 7 de enero de 1960 cuando tenía tan sólo 47 años). A los 28 años, quizá advirtiendo que su tiempo era poco, ya había escrito dos de sus obras más importantes, *Calígula* y *El Mito de Sísifo*, además de una serie de relatos cortos y artículos de corte periodísticos. Luego viene la época de esplendor con *El extranjero*, *La peste*, *El hombre rebelde*, y, un texto que dejó inconcluso: *El Primer hombre*. La muerte resignifica toda la vida. Cuando Camus estaba explotando artísticamente le sucedió la muerte (si es que la muerte

* Investigador Docente de la Universidad Nacional de General Sarmiento. Becario Posdoctoral, CONICET. Profesor Asociado de ESEADE.

es un suceso). Ese acontecimiento hizo que notemos que la verdadera explosión ya se había provocado, y su onda expansiva todavía se siente con fuerza.

Si me permiten el exabrupto, diría que nadie puede entender el siglo XX si no lee a Albert Camus. Quizás debamos buscar el comienzo de su pensamiento y su arte en la noción de *absurdo*, temáticamente desarrollada en *El Mito de Sísifo* (texto que termina de escribir en 1941) y plásticamente mostrada en toda su obra. El texto se abre con un llamado de atención que se presenta sin ningún rodeo: "...juzgar que la vida vale o no vale la pena de que se la viva es responder a la pregunta fundamental de la filosofía ..." (Camus, 2002:13). Si no nos planteamos este problema, entonces, todas las preguntas que hagamos serán mero relleno.

Creo que una de las particularidades que hace grande al hombre Camus es su fidelidad a una intuición elemental que corría el peligro de verse absorbida por la corriente del pensamiento dominante después la segunda guerra. En efecto, después del '45 la filosofía francesa y alemana (es decir, la filosofía europea; es decir la filosofía) se vio abordada por una corriente existencialista que no tardó en reunir pensadores de espíritu muy disímil, como por ejemplo Sartre y Marcel. Lo que Camus advierte rápidamente es que nociones como "absurdo" suelen asociarse con conceptos como el de "nada", lo que, casi sin estaciones intermedias, lleva al nihilismo, y el nihilismo es la vida que se aborrece a sí misma.

Camus logra conjugar en un mismo movimiento una filosofía del absurdo y un rechazo del nihilismo. En este movida del artista se filtra la cuestión de la "libertad" bajo la figura de la "rebeldía".

¿Qué es el absurdo? El absurdo es una pasión, la más desgarradora de todas. Una tensión atraviesa el corazón de aquel hombre que se anima a mirar las exigencias que forman parte de su misma condición, y que en adelante se juramenta respetar contra todas las tentaciones deshumanizantes. Aquél sentimiento nace del choque, en principio insuperable, entre el deseo de unidad, de justicia, de libertad, de sentido que conforma el corazón del hombre y el silencio del mundo. El divorcio entre el hombre y su vida, entre el actor y su decorado es el sentimiento del absurdo.

Es casi una impudicia citar Camus (porque deberíamos leerlo), pero creo que la imagen del absurdo que más me ha impactado la encontré en el siguiente párrafo de *La peste*:

...El doctor se aferró con fuerza a la barandilla de la cama donde el niño gemía. No quitaba los ojos del enfermito, que de pronto se puso rígido, con los dientes apretados, y se arqueó un poco por la cintura, separando lentamente los brazos y las piernas. De aquel pequeño cuerpo, desnudo bajo la manta de cuarte, subía un olor a lana y a sudor agrio. El niño aflojó un poco la tensión de su rigidez, retrajo los brazos y piernas hacia el centro de la cama, y, siempre ciego y mudo, pareció respirar más de prisa. La mirada de Rieux se encontró con la de Tarrou que apartó los ojos.

Ya habían visto morir a otros niños puesto que los horrores de aquellos meses no se habían detenido ante nada, pero no habían seguido nunca sus sufrimientos minuto tras minuto como estaban haciendo desde el amanecer. Y, sin duda, el dolor infligido a aquel inocente nunca había dejado de parecerles lo que en realidad era: un escándalo. Pero hasta entonces se habían escandalizado, en cierto modo, en abstracto, porque no habían mirado nunca cara a cara, durante tanto tiempo, la agonía de un inocente. ... (Camus,1995:167-8).

La palabra “escándalo” hace aparecer el sentimiento del “absurdo”. Simplemente, el sufrimiento del inocente es “inexplicable” porque no se corresponde con el deseo humano de justicia y sentido. No se trata de un razonamiento desplegado en los márgenes del pensamiento abstracto. Por el contrario, se trata de preguntar por qué nuestra actitud más inmediata y visceral frente a esa realidad es la de rechazo. Si nos detenemos un instante en esta disposición anímica veremos con facilidad que el rechazo presupone la existencia de algo que allí no se encuentra. El inocente no debe sufrir. Pero este “debe” no es una variable moral, es una exigencia metafísica.

Camus es consciente de que un mar de explicaciones vienen a “amortiguar” el sentimiento que experimentamos frente esta realidad. La tentación permanente frente a esa realidad es la evasión; es remitir, o intentar remitir,

esa experiencia a otra cosa buscando que desaparezca la primera en beneficio del lugar remitido. Es decir, la actitud que se suele adoptar frente a esta realidad procura deflacionar nuestro sentimiento de absurdo convidándonos a que pongamos la mirada en “otra cosa” que supuestamente amortiguaría o resignificaría aquélla. Así entonces, se nos pide que “aceptemos la realidad”, que “todo tiene su sentido”, o también que “sublimemos nuestro sentimiento”. Por otro lado se alza la tentación explicativa según la cual “hay procesos naturales”, “hay una cadena del ser”, “hay ciclos vitales”, etc. Finalmente, la más patética nos exhorta a que simplemente maduremos, es decir, que dejemos de tener la mirada de un niño que se sensibiliza al extremo, que dejemos de hacer las preguntas propias del adolescente (¿qué es la vida?, ¿por qué el sufrimiento?).

Buena parte de la filosofía actual se enorgullece de haber encontrado los “contextos” que dan sentido a lo por ellos contenido. De esta manera, el razonamiento que prevalece es un razonamiento “hacia atrás” según el cual, para encontrar el sentido de una experiencia debemos observar bajo que presupuesto, dentro de qué horizonte, en qué mundo, dentro de qué comunidad dicha experiencia hace su epifanía.

Todas estas posturas nos convidan a “correr la mirada” del espectáculo desgarrador con la secreta esperanza de que, una vez que miremos con más amplitud, el desgarramiento dejará de parecernos tal. Inclusive cierto aspecto de la esperanza comulga con esta lógica, pues implica, también ella, que esta parte de la realidad aparentemente absurda encajará, en el futuro del tiempo o más allá de él, en un todo ordenado en el que se revelará por fin el sentido del sinsentido.¹ Quien observa cara a cara la agonía de un niño entiende que allí se termina todo, que el mundo ya no puede dignificarse de ninguna manera, que la suma de toda la bondad les aún inconmensurable. El mundo no vale la muerte de un niño.

Sin embargo, la honestidad de Camus no se detiene ante propuestas evasivas fácilmente desarticulables. Por el contrario, él convoca lo que es quizás la evasión más profunda. El padre Paneloux, ante el rechazo de ese mundo que revelaba cruelmente la “peste”, adopta una postura más humana: “...Lo comprendo (...) esto subleva porque sobrepasa nuestra mirada.

Pero es posible que debamos amar lo que no podemos comprender. ...”. ¿Cómo tiene que ser el corazón del hombre para capitular amorosamente frente a la agonía del inocente? En esta pregunta asoma la disposición anímica de la rebeldía: “...No, (dice el Dr. Rieux), yo tengo otra idea del amor, y estoy dispuesto a negarme hasta la muerte a amar esta creación en donde los niños son torturados. ...” (Camus, 1995:171).

El absurdo representa una tensión entre estas dos realidades el hombre y el mundo. Se necesitan los dos polos para mantener la tensión. Por ello mismo, el absurdo no está ni en el hombre ni en el mundo, sino en su mutua y convergente realidad.

Decía que la situación es en principio insuperable porque negar cualquiera de estas dos realidades equivale a la evasión. Decir sí al mundo tal como es equivale a aceptar el escándalo, lo cual lleva a una “atrofia” de las exigencias más profundas del hombre. Es verdad que buscar lo que es verdadero nada tiene que ver con buscar lo que es deseable. Pero quien pretende que debemos aceptar el sinsentido en función de que es real, comete el mismo error que aquel que, mostrando que en el mundo ya no hay agua, entonces debemos dejar de sentirnos sedientos. El resultado está encarnado por Meursault, personaje principal de *El Extranjero*, cuya incapacidad de amar no representa ninguna monstruosidad, sino el carácter propio de quien realiza todos los gestos que ordena la existencia. No podemos menos que compadecernos de este personaje condenado a muerte por al asesinato de unos “árabes”; asesinato cuyo móvil, según confiesa el propio Meursault, fue “el calor, el sol sofocante”. El carácter irrisorio que las relaciones humanas adoptan cuando ya no hay razones profundas para vivir es también una forma de evasión del absurdo. No es que la vida de Meursault sea absurda, es que ya no es vida humana.

Pero la otra alternativa es igualmente evasiva. La negación del mundo tiene varias caras. La más peligrosa, la que ha mostrado toda su crudeza en los horrores que atravesó la pasada centuria, consiste en negar el mundo para recrearlo con las propias fuerzas.

Pero esta no es la única. El suicidio por motivos existenciales (no patológicos) es un gesto que deja traslucir que se ha sido vencido por el mundo,

que el mundo ya no es habitable y que, por lo tanto, lo mejor es no habitarlo.

En esto *Calígula* es insuperable, luego del reconocimiento de que el mundo tal como está no es vivible, emprende una búsqueda del infinito que llega al paroxismo.

He aquí la inquietud del sentimiento del absurdo que está llamado a mantener la lucha entre estos dos “contrarios”: el hombre y el mundo.

Gabriel Marcel formula una pregunta que muestra lo que pareciera ser una contradicción en el concepto de absurdo. La cuestión que señala este autor es simple, pero lapidaria: “¿Qué cualidad debo tener para poder emitir ese veredicto con respecto al mundo?” (Marcel, 2001:92). El cuadro de situación es el siguiente: o yo mismo no pertenezco al mundo en cuestión, y entonces debería decir que me resulta impenetrable y que carezco de cualidades para apreciarlo; o formo parte de él, y, por lo tanto, no soy en esencia diferente a él (si él es absurdo yo soy absurdo). Brevemente, o soy absurdo (y junto conmigo lo son todos mis juicios), o soy doble (es decir soy absurdo al tiempo que reconozco el absurdo y lo niego en nombre de un sentido que también me constituye: *homo simplex in vitalitate, duplex in humanitate*).

En el orden del mundo, las cosas no tienen ni dejan de tener sentido. Pero, si el deseo de sentido es inextirpable del corazón del hombre, entonces el hombre ya no pertenece al mundo, al menos no enteramente. Todo se resuelve en una cuestión de énfasis. Lo cierto es que la reacción de rechazo, de rebeldía, desoculta el bastión de sentido que estamos requiriendo.

Pero el absurdo es sólo un momento en la obra de Camus. No podemos leer *El Mito de Sísifo* sin abordar *El hombre rebelde*, texto que vio la luz en 1951. El paso de uno a otro está posibilitado por una lógica interna que aún *absurdo y rebelión*. ¿Cómo desentrañar el paso lógico? Haciendo pie en lo que está implicado en la respuesta que diera el Dr. Rieux a la propuesta de Paneloux: “No, me niego a amar una creación en la que los inocentes son torturados”. ¿De dónde hemos sacado ese *no*? ¿Qué nos faculta para rebelarnos frente a la realidad?

En un giro claramente cartesiano, Camus afirma:

...Yo grito que no creo en nada y que todo es absurdo, pero no puedo dudar de mi grito y tengo que creer por lo menos en protesta. La primera y la única evidencia que me es dada así, dentro de la experiencia absurda, es la rebelión. ... (Camus, 1967:119).

Y, ¿qué es el hombre rebelde? Un hombre que dice “no”, y que al gritar la negación su grito se desdobra en una afirmación original. Si el “no” no fuese acompañado por un “sí”, no tendría ningún sentido. Y es sobre este “sí” sobre el que Camus descansa en una época sin descanso.

Si es un mérito decir lo que uno cree que es verdadero, es mérito acentuado el decirlo en determinados contextos. Al poner el acento sobre esta afirmación, Camus estaba combatiendo la filosofía dominante, la cual, una vez que acepta la muerte de Dios, proclama la “muerte del hombre”. Frente a la vulgata sartreana que afirma que “el hombre es una nada” Camus se esfuerza en develar que si esto fuera así, no sólo el asesinato lógico debería tener plena aceptación, sino que el movimiento de rechazo que define a la rebeldía no sería explicable. La lógica de Iván sigue siendo verdadera, “si Dios no existe, todo está permitido”.

Si nuestra primera disposición anímica frente a la agonía del inocente es de rechazo, entonces hay en el hombre un fondo de afirmación, una constitución inquebrantable que debe ser revivida con fuerza. Esto es lo que afirma nuestro autor. “...Por confusamente que sea, una toma de conciencia nace del movimiento de rebelión...” (Camus, 1967:122). La cuestión en aquella época, y ahora, es cómo salvar aquello que la conciencia reconoce en su propia sublevación. No puedo dejar de señalar la resonancia que hay entre esta mirada y la gran sensibilidad de Leopardi frente a la misma provocación: “Naturaleza humana, ¿cómo, si polvo y sobra eres, si eres frágil y vil, sientes tan alto?...” (Leopardi, 1985, Canto XXI, 50-52). La verdad de las últimas palabras revelan la falsedad de las primeras. No es verdad que el hombre sea sólo vileza, si es verdad que siente tal alto.

Camus es un artista de las profundidades, representa uno de los intentos más honestos de llevar hasta el fondo las intuiciones que ofician de punto de partida. En una época en donde las tinieblas parecen abarcarlo todo, él

demuestra una confianza en el hombre que, sin duda, en su contexto era una verdadera aberración intelectual. Sin embargo hay que subrayar una y otra vez el carácter agonal de aquellas intuiciones. Dos frases desnudan este carácter: “el hombre es la única criatura que rechaza ser lo que es” y “la rebeldía nos lleva al menos a la sospecha de que hay una naturaleza humana, como pensaban los griegos, y contrariamente a los postulados del pensamiento contemporáneo...” (Camus, 1967:123).

Los postulados del pensamiento contemporáneo, a los ojos de Camus (con los cuales concuerdan plenamente los míos) degradan la naturaleza humana en nombre de la libertad supuesta por aquella primera frase. Una de las ideas dominantes de libertad (que tiene cierta lógica a que negarlo) muestra al hombre como un “punto sin extensión” que tiene la potestad de mirar su realidad y la realidad del mundo “desde ningún lado” y “elegir” desde allí. No hay ningún contenido sustantivo que “fuerce” al hombre a elegir, si suponemos que la elección ha sido libre. Pero ¿qué es esta especie de espectro vacío, sin ninguna constitución dada? Para Camus, la tentación más grande y más peligrosa –que comienza a gestarse en el siglo XVI y termina mostrando toda su crudeza en el siglo XX– es el olvido de una experiencia que se niega a ser olvidada. Necesitamos una experiencia para poder rebelarnos. La fuerza de esa experiencia ya no puede taparse, y en adelante querrá ser siempre revivida: “...cuando se ha tenido la suerte de amar con fuerza, se pasa uno la vida buscando ese ardor y esa luz...” (Camus, 1996:73).

La verdadera libertad, aquella que exhibe la rebeldía, consiste en el reconocimiento de un testamento que no tiene un testador al que podamos mirar a la cara. Por ello, el absurdo deja su lugar postrero y se transforma en evidencia anteúltima. Lo último, aquello más allá de lo cual no podemos ir, aquello que debemos reconocer para poder ejercer plenamente la libertad, es lo que muestra la rebeldía.

El esclavo, que durante siglos ha acatado las órdenes, de repente se rebela. Ese *no* afirma la existencia de una frontera, de una medida, que nace como una exigencia de sus entrañas y que no puede explicarse por la historia. La rebeldía es el golpe de muerte asestado al inmanentismo para el cual todo

valor es un producto del tiempo y de la historia y, por lo tanto, efímero. Toda rebelión invoca entonces un valor, un valor que merece ser defendido más allá de las circunstancias. Podríamos hacer la pregunta inversa: si esto no fuera así, "... ¿Por qué rebelarse si no hay en uno nada permanente que conservar?..." (Camus, 1967:123-4).

El esclavo que se rebela intuye que "tiene derecho a...", pero esa intuición no le ha venido de su mundo ambiente, de su larga historia de esclavitud; ¿de dónde la ha sacado entonces?, de su naturaleza, de su ser. La libertad, que invoca la rebeldía no puede siquiera ser imaginada si la potestad de decir claramente qué es lo justo y que no, "... de reclamar el ser entero en nombre de una parcela de ser que se niega a morir..." (Camus, 1967:366). Por ello, la libertad es conocimiento del límite, un límite que los pensamientos nihilistas no tienen en cuenta y terminan lanzándose en un movimiento uniformemente acelerado.

El artista Camus, el pensador Camus, en fin, el hombre, ha tenido la profundidad de percibir proféticamente cuál es la atmósfera que cubre al hombre desde hace varios siglos. El diagnóstico es claro y certero: el nihilismo atraviesa la realidad humana y la del mundo. Contra ese nihilismo, en cuya lógica habita el asesinato calculado, lucha nuestro autor, y esa lucha emerge del reconocimiento de lo que el hombre "es" más allá de toda costra social, cultural o histórica. Así lo expresa el propio Camus:

...En lo más negro de nuestro nihilismo, he buscado tan sólo las razones para superar ese nihilismo. Y no por virtud, en absoluto, ni por una rara elevación del alma, sino por fidelidad instintiva a una luz en la que he nacido y en la que hace miles de años los hombres han aprendido a saludar la vida hasta en el sufrimiento... (Camus, 1996: 68).

NOTAS

- 1 Creo que algo de esto deja traslucir Camus en el siguiente pasaje: "...De la caja de Pandora en que bullían los males de la humanidad, los griegos hicieron salir en último término a la esperanza, como el más terrible de todos. No conozco símbolo más conmovedor. Pues la esperanza, contra lo que se cree, equivale a la resignación. Y vivir no es resignarse. ..." (Camus, 1958:46).

BIBLIOGRAFÍA

- Camus Albert, (1958), *Bodas*, Buenos Aires: Losada.
- Camus A., (1967) 1951, *El hombre rebelde*, Buenos Aires: Losada.
- Camus A., (1995), *La peste*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Camus A., (1996), *Verano*, Madrid: Alianza.
- Camus A., (2002), *El Mito de Sísifo*, Buenos Aires: Losada.
- Leopardi G., (1985), *Cantos*, Buenos Aires: Hispanoamérica.
- Marcel Gabriel, (2001), *Los hombres contra lo humano*, Madrid: Caparrós.